

## 9. Del encuentro a la adoración

“Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron”. (Mt 2,11a)

Acostumbrados a pensar en los Magos como las figuritas de nuestros belenes, pensamos en esta escena como si se diera por supuesta, como si entre entrar y ver y postrarse y adorar no hubiera un salto dramático en la libertad, en la conciencia, en el corazón de estos hombres.

¿Cuál es la diferencia entre el drama vivido por los Magos y el vivido por el joven rico? A nivel de la libertad, a nivel del corazón, del impacto con la presencia de Cristo, con la pobreza de Cristo, con el escándalo de una presencia divina rebajada al modo más simple de ser hombre, a nivel de todo esto entre los Magos y el joven no hay diferencia. Como no hay diferencia entre los Magos y los pastores de Belén, entre los Magos y el viejo Simeón, entre los Magos y el Bautista, entre los Magos y los apóstoles, entre los Magos y Zaqueo, o la Samaritana, o Nicodemo, etc.

Por supuesto, en el episodio de los Magos, todo se concentra en medio versículo: “Cuando entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose lo adoraron”. Pero esto nos ayuda a comprender mejor, reducido al hueso, lo que sucedió, positiva y negativamente, también para el joven rico, o para Nicodemo, la Samaritana, etc. Para cada uno de ellos, el encuentro con Jesús es el impacto con la oferta de lo que puede dar plenitud a la búsqueda consciente o inconsciente de toda una vida; y para cada uno se trata de elegir, de decidir. ¿Cómo? Se trata de decidir el paso del encuentro a la adoración. Se trata de decidir el paso de la experiencia de una presencia que de un modo u otro nos sorprende, nos atrae, pero también nos contradice en su forma no prevista por nosotros –como la de un Niño pobre, o la de un hombre adulto que vive pobre, sin bienes y sin poder, como un siervo, al que muchos desprecian hasta el punto de querer eliminarlo–, se trata de decidir el paso de la experiencia de esta presencia al reconocimiento de que esta misma presencia es lo más precioso que existe para mí, para todos; la presencia más adorable que uno puede encontrar. Y este reconocimiento adorante se expresa en una manera de confiar toda la vida a esta Presencia, de postrarse en ofrenda, de confiarle todo el ser.

La postración adorante de los Magos significa que reconocen tan verdaderamente el valor absoluto de este Niño que dejan que toda su persona sea como absorbida por este valor absoluto, que sea toda ella tomada por este tesoro, en el ámbito aparentemente insignificante y restringido de este tesoro que, en realidad, es Aquel que tiene el universo en su mano y en quien todo consiste.

El episodio del joven rico nos ayuda a comprender todo esto en sentido negativo. El joven rico entra, como los Magos, donde está Jesús, y parece haber decidido ya lo que los Magos expresaron, porque comienza con la postración: “un hombre corrió hacia él y, arrodillándose ante él...”. Pero sigue siendo una postración formal, que reconoce en Jesús al Rabí que puede dar una respuesta autorizada a

su pregunta sobre el sentido de la vida, pero no reconoce que Jesús sea en persona la Respuesta a esta pregunta. Actúa como si los Magos, tras su largo viaje, hubieran pretendido recibir de Jesús un oráculo sobre las estrellas en lugar de reconocer que Jesús era en persona todo lo que buscaban. Por eso, cuando Jesús, reconociendo la búsqueda sincera del corazón de este joven, se ofrece a él por lo que es –el Sentido pleno de la vida por el que merece la pena dejarlo todo–, el joven ya no se postra en adoración como los Magos, porque eso significaría entregarle toda su vida, todo lo que es y todo lo que tiene. Así que se marcha. Ante Cristo, o se adora con todo lo que somos, incluido nuestro pecado, nuestra incapacidad de abandonarnos por completo, de tener fe, de dejar nuestras posesiones por Él, etc., o se abandona: “A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico.” (Mc 10,22)

Pero, ¿cuál es la gran diferencia entre el joven rico y los Magos, o Zaqueo, la Samaritana, o los santos, como san Francisco de Asís, por poner sólo un ejemplo significativo y paradigmático? ¿Quizás una capacidad? ¿Quizá una generosidad? ¿Quizá la humildad, o cualquier otra virtud? Si así fuera, tal vez nadie hubiera podido seguir a Jesús, a excepción de María Santísima. ¿Cuál es la gran diferencia entre los Magos y el joven rico? Me parece que la diferencia esencial está entre la alegría y la tristeza.

Al encontrarse con Jesús, los Magos encuentran alegría; el joven rico, tristeza. O mejor dicho: el joven rico, al encontrarse con Jesús, no acoge la alegría que los Magos encontraron en Él, y al no acoger la alegría, el joven se queda sólo con la tristeza.

¿En qué sentido? En el sentido que decíamos más arriba: que la alegría está vinculada al descubrimiento de un tesoro. Es Jesús quien habla de tesoro al joven rico, y no de cualquier tesoro: “Tendrás un tesoro en el cielo” (Mc 10,21). Los Magos conservaban la gran alegría anunciada por la estrella, porque adoraban a Jesús con todo su ser. Esos sabios de Oriente, tan ricos y poderosos como para presentarse ante el rey Herodes, que se postran para adorar a un pobre Niño en brazos de su madre, con ese gesto se entregaron completamente a Él, lo reconocieron como el tesoro de sus vidas. El joven, en cambio, no reconoció a Jesús como un tesoro para él, por el que vale la pena perderlo todo, y al despreciar a Jesús, en sentido literal: al darle poco precio, poco valor, perdió la alegría que podía encontrar en Él, una alegría tan grande, tan grande como el cielo, como el tesoro.

Comprender que la alegría está ligada al tesoro, y que el único tesoro que garantiza la alegría es Cristo, es lo más importante que hay que reconocer en la vida y en la vocación. Pero es una comprensión por experiencia, por sorpresa. Una comprensión en la que la alegría misma es la prueba. La alegría en nosotros, la de verdad, es más un sentido que un sentimiento. Igual que vemos la luz con la vista, oímos los sonidos con el oído, tocamos los objetos con el tacto, olemos perfumes y hedores con el olfato y degustamos los sabores con el gusto, la alegría es el sentido con el que percibimos una realidad misteriosa pero real. ¿Cuál? La

realidad del tesoro que vale más que todo, que da valor a todo, que nunca pierde valor, que nunca pierde consistencia, que es eterno. Exactamente: “un tesoro en el Cielo”.

“No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y la carcoma los roen y donde los ladrones abren boquetes y los roban. Haced tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni carcoma que los roen, ni ladrones que abren boquetes y roban. Porque donde está tu tesoro, allí estará tu corazón.”. (Mt 6,19-21)

He aquí que nuestra verdadera alegría está donde está nuestro corazón con nuestro verdadero tesoro, con nuestro tesoro incorruptible, eterno, que nadie ni nada nos puede quitar. La alegría es en nosotros el sentido del tesoro incorruptible, del tesoro inalienable, del tesoro inagotable, eterno. Cuando este sentido no encuentra o no recibe el don del tesoro, se desvanece en tristeza. Es como quedarse ciego o sordo, o, mejor, es como tener vista viviendo siempre a oscuras, o tener oído viviendo con los oídos completamente taponados.